Doble pista
Agatha Christie



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

-Por encima de todo que no haya publicidad -dijo el señor Marcus Hardman por decimocuarta vez.

La palabra «publicidad» salió durante su conversación con la regularidad de un *leimotif.* El señor Hardman era un hombre bajo, regordete, con manos exquisitamente manicuradas y quejumbrosa voz de tenor. El hombre gozaba de cierta celebridad, y la vida ociosa de la sociedad opulenta constituía su profesión. Rico, aunque no un creso, gastaba celosamente su dinero en los placeres que proporcionan las reuniones sociales. Tenía alma de coleccionista y su pasión eran los encajes, abanicos y joyas, cuanto más antiguos mejor. Para el señor Marcus lo moderno carecía de valor.

Poirot y yo acudimos a su cita y lo hallamos debatiéndose en una agonía de indecisión. Debido a las circunstancias, llamar a la policía le resultaba incómodo. Por otra parte, no llamarla era aceptar la pérdida de unas gemas de su colección. Poirot fue la solución.

-Mis rubíes, monsieur Poirot y el collar de esmeraldas, que pertenecieron a Catalina de Médicis. ¡Sobre todo el collar de esmeraldas!

-¿Y si me explicase las circunstancias de su desaparición? -sugirió Poirot.

-Intento hacerlo. Ayer por la tarde di un pequeño té íntimo a media docena de personas. Era el segundo de la temporada y, si bien no debería decirlo, constituyeron todo un éxito. Buena música... Nacoa, el pianista, y Katherine Bird, contralto australiana.

»Bueno, a primeras horas de la tarde, enseñé a mis invitados la colección de joyas medievales, que guardo en una pequeña caja de caudales, dispuesta a modo de estuche forrado de terciopelo de color. Esto hace que las piedras luzcan más. Después contemplamos los abanicos ordenados en una vitrina. Y, a continuación, pasamos al estudio para oír música.

»Cuando todos se hubieron marchado, descubrí la caja vacía. Debí cerrarla mal y alguno aprovechó la oportunidad para llevarse su contenido. ¡Los rubíes, monsieur Poirot, el collar de esmeraldas... la colección de toda una vida! ¿Qué no daría por recuperarla? Sin embargo, ha de ser sin publicidad. ¿Entiende eso bien, monsieur Poirot? Son mis invitados, mis propios amigos. ¡Sería un escándalo!

-¿Quién fue el último en salir de esta habitación para ir al estudio?

-El señor Johnston. ¿Lo conoce? El millonario sudafricano. Vive en Abbotbury, en Park Lane. Se rezagó unos minutos, lo recuerdo. Pero, ¡seguro que no es él!

-¿Alguno de sus invitados regresó más tarde con algún pretexto?

-Esperaba esta pregunta, monsieur Poirot. Sí, tres de ellos: la condesa Vera Rossakoff, el señor Bernard Parker y lady Runcorn.

-Bien, cuente algo sobre ellos.

-La condesa Rossakoff es una rusa encantadora, miembro del antiguo régimen. Hace poco que vive en este país. Se había despedido de mí y, por lo tanto, me sorprendió encontrarla en esta habitación, aparentemente mirando hechizada mi vitrina de abanicos. ¿Sabe una cosa, señor Poirot? Cuanto más pienso en ello, más sospechoso me parece. ¿Usted qué dice a eso?

-Sí, es muy sospechosa; pero hábleme de los otros.

-Parker vino a recoger una caja de miniaturas que yo deseaba mostrar a lady Runcorn.

-¿Y lady Runcorn?

-Lady Runcorn es una señora de mediana edad que invierte la mayor parte de su tiempo en asuntos de caridad. Ella regresó a recoger su bolso que se había dejado en alguna parte.

-Bien, monsieur. Así, pues, tenemos cuatro posibles sospechosos. La condesa rusa, la *gran dame* inglesa, el millonario sudafricano y el señor Bernard Parker. ¿Qué *es* el señor Parker?

La pregunta pareció aturdir al señor Hardman.

-Es... un joven... bueno, un joven que conozco.

-Eso ya me lo imagino -replicó Poirot-. ¿A qué se dedica?

-Verá... frecuenta los casinos... claro que no navega muy bien, ¿me comprende?

-¿Puedo preguntar cómo se hizo amigo suyo?

-Pues... en una o dos ocasiones ha realizado pequeños encargos míos.

-Continúe, monsieur.

Hardman lo miró lastimeramente. Desde luego, lo último que deseaba era continuar. No obstante, el inexorable silencio de Poirot le hizo hablar.

-Verá... monsieur; usted ya conoce mi interés por las joyas antiguas. A veces surgen herencias familiares..., en fin, son joyas que nunca se venderían en el mercado o a través de un profesional. Ahora bien, esas familias se avienen cuando saben que son para mí. Parker arregla los detalles, sirve de puente y evita situaciones embarazosas. Por ejemplo, la condesa Rossakoff ha traído algunas joyas de Rusia y quiere venderlas. Parker es el encargado de tramitar los detalles de la operación.

-Comprendo -dijo Poirot pensativo-. ¿Y usted confía plenamente en él?

-No tengo motivos para otra cosa.

-Señor Hardman, de estas cuatro personas, ¿de cuál sospecha usted?

-¡Monsieur Poirot, qué pregunta! Son mis amigos. En realidad no sospecho de ninguno en particular, y, a la vez, sospecho de todos.

-No estoy de acuerdo. Usted piensa en uno de los cuatro. No en la condesa Rossakoff, ni en el señor Parker. Luego ha de ser lady Runcorn o el señor Johnston.

-Me acorrala, monsieur Poirot. Quiero que, sobre todo, se evite el escándalo. Lady Runcorn pertenece a una de las más antiguas familias de Inglaterra, pero, desgraciadamente, una tía suya, lady Carolina, padecía de... de una grave afección de cleptomanía. Claro que todos sus amigos lo sabían y nadie la censuró jamás. Su doncella devolvía las cucharillas, o lo que fuera, lo antes posible. ¿Me comprende?

-Sí. La tía de lady Runcorn era cleptómana. Muy interesante. Bien, ¿me permite que examine la caja de caudales?

Poco después Poirot abría la caja para examinar su interior. Los estantes forrados de terciopelo nos miraron con sus vacías cuencas.

-La puerta no cierra bien -murmuró Poirot, moviéndola de un lado a otro-. ¿Por qué? ¡Caramba! ¿Qué tenemos aquí? ¡Un guante cogido del gozne! Un guante de hombre.

Lo tendió al señor Hardman.

-No es mío.

-¡Aja! ¡Algo más! -Poirot extrajo un pequeño objeto del fondo de la caja. Era una cigarrera plana, hecha de moaré negro.

-¡Mi cigarrera! -gritó el señor Hardman.

-¿Suya? No, señor. Éstas no son sus iniciales.

Le enseñó dos letras de platino entrelazadas. Hardman la cogió.

-Tiene usted razón. Es muy parecida a la mía, pero las iniciales son

distintas. Una «P» y una «B». ¡Cielos! ¡Es de Parker!

-Un joven muy descuidado, especialmente si el guante es suyo también -dijo Poirot-. Una doble pista. ¿No le parece?

-¡Bernard Parker! -murmuró Hardman-. ¡Qué alivio! Bien, monsieur Poirot, espero que recupere las joyas. Recurra a la policía si lo considera necesario. Claro, siempre que esté seguro de su culpabilidad.

-¿Ve, amigo mío? -me dijo Poirot mientras salíamos de la casa-. Hardman mide con una vara a los nobles y con otra a los plebeyos. Yo aún no he sido agraciado con un título, por lo tanto estoy en el bando de los últimos. Eso hace que me sienta inclinado favorablemente hacia el joven Parker. Cuando Hardman sospecha de lady Runcorn, de la condesa y de Johnston, resulta que hay pruebas contrarias a nuestro hombre.

-Y usted, ¿por qué sospecha de los otros dos?

-*Parbleu!* Es muy fácil ser condesa rusa exiliada y millonario sudafricano. Cualquier mujer puede llamarse a sí misma condesa y nada prohíbe que un hombre adquiera una casa en Park Lane y se diga millonario sudafricano. ¿Quién va a contradecirles? Estamos en la calle Bury. Nuestro descuidado joven vive aquí. Como se suele decir, golpeemos el hierro caliente.

Parker estaba en casa. Lo encontramos reclinado sobre almohadones, con un llamativo batín púrpura y naranja. Raras veces he sentido tan desagradable impresión como la experimentada al ver a este joven de rostro blanco, afeminado y de lenguaje pomposo.

-Buenos días, monsieur -dijo Poirot-. Vengo de casa del señor Hardman. Ayer, durante la fiesta, alguien robó todas sus joyas. Dígame, ¿este guante es suyo?

Los reflejos del joven, parecían embotados. Necesitó demasiado tiempo para estudiarlo, como si tratase de ganar minutos para así ordenar sus ideas. Al fin preguntó:

-¿Dónde lo encontró?

-¿Es suyo, monsieur?

El señor Parker se decidió:

-No, no lo es.

-¿Y esta cigarrera es suya?

-Tampoco. Siempre llevo una de plata.

-Muy bien, monsieur. Pondré el asunto en manos de la policía.

-¡Yo no haría eso si fuese usted! -gritó Parker-. ¡Recurrir a una gente tan antipática! Espere un poco. Iré a ver al viejo Hardman.

Seguí a Poirot, que se marchó sin hacerle caso.

-Le hemos dado algo en qué pensar -se rió-. Mañana sabremos lo ocurrido.

Sin embargo, el destino se empeñó en recordar el asunto Hardman aquella tarde. Sin previa advertencia, la puerta se abrió para dar paso a un torbellino de forma de mujer que vino a romper nuestra intimidad. La condesa Vera Rossakoff tenía una personalidad turbadora.

-¿Es usted monsieur Poirot? ¿Cómo se atreve a culpar a ese pobre muchacho? ¡Es una infamia! Ese joven es un polluelo, un cordero. ¡Jamás robaría! No pienso permitir que sea martirizado.

-Dígame, madame, ¿esta cigarrera es de él? -Poirot le enseñó la cigarrera de moaré negro.

La condesa empleó un momento en inspeccionarla.

-Sí, es suya. La conozco muy bien. ¿Y qué? ¿La encontró en casa del señor Hardman? Debió de perderla allí. Ustedes, los policías, son peores que la guardia roja.

-¿Es suyo este guante?

-¿Cómo voy a saberlo? Un guante se parece mucho a otro. Eso no justifica que se le prive de libertad. Tienen que aclarar su inocencia. ¿Lo

hará usted? Venderé mis joyas y le pagaré bien por ello.

-Madame...

-¿De acuerdo, pues? No, no discuta. ¡Pobre muchacho! Vino a mí con lágrimas en los ojos. «Yo le salvaré -le dije-. ¡Iré a ver a ese hombre, a ese ogro, a ese monstruo!» Ahora ya está resuelto. Me voy.

Con la misma ceremonia que había entrado, desapareció de la estancia, dejando un intenso perfume de naturaleza exótica tras sí.

-¡Vaya mujer! -exclamé-. ¡Y qué pieles lleva!

-Sí, son auténticas. Una condesa falsificada no llevaría pieles auténticas. Hastings, realmente es rusa. Bien, bien, ahora resulta que nuestro joven fue sangrando a ella.

-La cigarrera es de él. Me gustaría saber si también lo es el guante.

Con una sonrisa Poirot se sacó del bolsillo un segundo guante y lo colocó junto al primero. Obviamente, se trataba del mismo par de guantes.

-¿Dónde lo consiguió, Poirot?

-Estaba con un bastón sobre la mesa del vestíbulo en la calle Bury. De veras, monsieur Parker es un joven muy descuidado. Bien, bien, *mon ami.* Sólo para cubrir el expediente haremos una visita a Park Lane.

Acompañé a mi amigo. Johnston no estaba, pero sí su secretario particular. Éste nos dijo que Johnston hacía poco que había regresado de Sudáfrica. En realidad nunca estuvo antes en Inglaterra.

-¿Le interesan las piedras preciosas? -preguntó Poirot.

-Las minas de oro, en todo caso, señores -se rió el secretario.

Poirot salió de la entrevista pensativo. Aquella noche lo encontré estudiando una gramática rusa.

-¡Cielos, Poirot! ¿Aprende ruso para conversar con la condesa en su propio idioma?

-Ciertamente no escucharía mi inglés, amigo mío.

-Los rusos de buena cuna hablan francés -dije yo.

-Es usted una mina de información, Hastings. Bien, renunciaré a los laberintos del alfabeto ruso.

Tiró el libro con gesto dramático. A mí no me satisfizo su modo de obrar, si bien advertí su peculiar parpadeo, signo inequívoco de que se hallaba satisfecho consigo mismo.

-¿Duda de que realmente sea rusa? ¿Piensa comprobarlo? -pregunté.

-Sé que es rusa.

-¿Cómo lo sabe?

-Si quiere distinguirlo personalmente, Hastings, le recomiendo *Los primeros pasos de ruso;* es una ayuda valiosísima.

Luego se rió y ya no dijo nada más. Recogí el libro del suelo y me puse a curiosearlo, pero fui incapaz de sacar algo en claro.

En la siguiente mañana no hubo noticias nuevas. Esto no pareció preocupar a mi amigo. A la hora del desayuno me anunció su propósito de visitar al señor Hardman. Lo encontramos en su casa con aspecto más tranquilo que el día anterior.

-Bien, monsieur Poirot, ¿hay noticias? -preguntó ansioso.

Poirot le tendió una hoja de papel.

-Aquí tiene escrito el nombre de la persona que robó las joyas. ¿Pongo el asunto en manos de la policía? ¿O prefiere usted que recupere las joyas sin que intervengan los estamentos oficiales?

El señor Hardman miraba el papel. Al fin dijo:

-¡Sorprendente! Prefiero soslayar un posible escándalo. Le concedo

carta blanca, monsieur Poirot. Estoy seguro de que será discreto.

Un taxi nos condujo al hotel Carlton, donde Poirot se hizo anunciar a la condesa Rossakoff. Minutos después nos hallábamos en sus dependencias. La condesa salió a nuestro encuentro con las manos extendidas, envuelta en un bello conjunto de dibujos primitivos.

-¡Monsieur Poirot! -exclamó-. ¿Lo ha conseguido? ¿Está ya libre de acusación el pobre infante?

-Madame *la comtesse,* su amigo el señor Parker es inocente.

-¡Es usted un hombrecillo inteligente! ¡Soberbio! Y, además, muy rápido.

-También he prometido al señor Hardman que las joyas le serán devueltas hoy.

-¿Ah, sí?

-Madame, le agradecería muchísimo que me las entregase sin demora. Lamento tener que presionarla, pero me espera un taxi por si es necesario ir a Scotland Yard. Nosotros los belgas, madame, practicamos ese deporte que se llama economía.

La condesa había encendido un cigarrillo. Durante unos segundos quedó inmóvil, soplando anillas de humo, con los ojos fijos en Poirot. Luego estalló en carcajadas, se puso en pie, se encaminó hasta su secreter, abrió un cajón y sacó un bolso de seda negro, que echó a Poirot.

El tono de su voz fue suave, y con cierto deje de indiferencia.

-Nosotros los rusos, por el contrario, practicamos la prodigalidad. Y para esto, desgraciadamente, se necesita dinero. No es preciso que mire su interior. Están todas.

Poirot se levantó.

-Le felicito, madame, por su inteligencia y prontitud.

-Puesto que le aguarda un taxi, ¿puedo ayudarle...?

-Es usted muy amable, madame. ¿Se queda mucho tiempo en Londres?

-Temo que no, debido a usted.

-Acepte mis excusas.

-¿Nos veremos en otra ocasión?

-Así lo espero.

-Yo no lo deseo -exclamó la condesa riéndose-. El mío es un gran cumplido; hay muy pocos hombres en el mundo a quienes yo tema. Adiós, monsieur Poirot.

-Adiós, madame *la comtesse.* Ah, disculpe, me olvidaba; permítame que le devuelva su cigarrera.

Y con una inclinación, le entregó la pequeña cigarrera negra de moaré que habíamos hallado en la caja. La aceptó sin ningún cambio de expresión, salvo una ceja levantada al murmurar:

-Comprendo.

-¡Vaya mujer! -gritó Poirot entusiasmado mientras descendíamos las escaleras-. *Mon Dieu, quelle femme!* ¡Ni una palabra de protesta, ni una exclamación de protesta! Una mirada, y ya ha sabido cuál era su situación. Hastings, una mujer que encaja la derrota con una sonrisa, llega muy lejos. Es peligrosa; tiene los nervios de acero.

Su entusiasmo no le permitió ver dónde pisaba y su tropezón fue más que aparatoso.

-Será mejor que modere sus ánimos y mire dónde pisa -sugerí-, ¿Cuándo sospechó de la condesa?

-*Mon ami,* el guante y la cigarrera constituían una doble pista demasiado clara. Bernard Parker podía extraviar una de las dos cosas, pero no ambas. Por otra parte, si alguien hubiese intentado que las sospechas recayesen sobre Parker, con una sola tenía suficiente. Eso me llevó a la conclusión de que uno de los dos objetos no era de él.

»Al principio le supuse dueño de la cigarrera. Ahora bien, tan pronto supe que el guante era suyo, intuí a quién pertenecía la otra pieza. ¿De quién, pues, era la cigarrera? Lady Runcorn quedó descartada en el caso, ya que las iniciales no coincidían. ¿El señor Johnston? Sólo si utilizaba un nombre falso. Sin embargo, la entrevista que sostuvimos con su secretario me proporcionó la evidencia de su situación legal. Luego, el señor Johnston nada tenía que ver con el asunto.

»¿La condesa, pues? Ella había traído joyas de Rusia, y le bastaba con sacar las piedras de sus monturas. Realmente hubiera sido muy difícil reconocerlas luego.

»Nada más fácil para la condesa que apropiarse de uno de los guantes de Parker, dejados en el vestíbulo aquel día, y olvidárselo en la caja. Claro es que no tuvo el propósito de abandonar también su propia cigarrera.

-Pero si la cigarrera es suya, ¿por qué tiene las iniciales «B. P.»? Las suyas son «V. R.».

Poirot se sonrió.

-Exacto, m*on ami.* Sólo que en el alfabeto ruso, B es V y P es R.

-¡Oh! ¿No esperaría que yo adivinase eso? No se ruso.

-Ni yo, Hastings. Por esto compré aquel librito... y le sugerí que lo repasase.

Suspiré, vencido una vez más.

Después de un breve silencio, Poirot continuó:

-¡Una mujer extraordinaria! Tengo un presentimiento, amigo mío. Sí, presiento que volveré a encontrármela en algún sitio. ¿Dónde? ¡No lo sé!